

MEMORIAS DE ANTONIO BRUSI FERRER (1815-1878)

Antonio Brusi Ferrer, poco después de enviudar, en el año 1865 escribió estas sucintas memorias, que encabezó con el título *Notas para mi hijo Antonio M^a*. El manuscrito original es un borrador casi ilegible por su pésima ortografía, escrito sobre un viejo dietario, y está depositado en el Arxiu Històric de Barcelona. Allí se encuentra igualmente la copia manuscrita realizada un siglo más tarde, que lleva la referencia "MS A-341". Esa copia es menos completo que la presente transcripción, existiendo frecuentes divergencias en la interpretación, pero la comparación de ambas transcripciones con el manuscrito original, así como la verificación de los datos, hace que ahora podamos leer los apuntes de Brusi Ferrer casi en su integridad. Solamente algunos pequeños fragmentos, aparentemente irrelevantes, han resistido a su interpretación. Dado el carácter de borrador del original, con objeto de facilitar la lectura se ha corregido la ortografía y la puntuación, completándose en algún caso las frases con los conectores gramaticales precisos (excepcionalmente algún verbo) con el fin de darles coherencia.

Transcripción y notas: Ignacio y Miguel Canals

Notas para mi hijo Antonio M^a

La nobleza se ha conservado a través de los siglos porque ha conservado tradiciones de familia. La clase media olvida esta condición esencial para la duración de su nombre. El padre no deja a su hijo más que un caudal en propiedad mueble o inmueble, pero el nieto ya habla del abuelo como de un ser ridículo o abstracto.

En todas las familias nobles se conservan retratos de familia que sirven para fijar las tradiciones y la marcha sucesiva a través de los tiempos. Nada de esto había en la clase media, y si algún retrato de abuelo se conserva se relega al desván de la casa. La fotografía servirá para llenar este gran vacío, y el poco tamaño de los cuadros no será un estorbo para su colocación en casas pequeñas.

La fortuna de mi casa fue iniciada y cimentada por mi padre (Q.D.G.G.). ¿Qué no daría por un retrato suyo? De los hechos de su vida muchos nos quedan ignorados, y otros los sé por la circunstancia especial de habérselos oído relatar a Domingo Obiols y a otros dependientes antiguos de la casa que le acompañaron en tiempos de la Guerra de la Independencia.

Sin historia la familia acaba con la muerte de cada individuo. Sin tradición, no hay sacrificios para conservar el lustre del nombre. A ello han debido las clases altas la duración.

En el 6 de enero de 1824 entré en las Escuelas Pías con salud muy delicada. De los 9 a los 14 años en los Escolapios cursé la segunda enseñanza, saliendo a últimos de julio de 1829. Un año de Lógica en el Colegio del Obispo. Un ataque fuerte de reumatismo me privó de examinarme y de continuar los estudios. Decidió mi suerte. Del año 30 a mediados del 34 tiempo perdido; música, francés, escritura...

El 16 de julio de 1834 salí para París y Londres con D. José Romeu, catedrático de Gramática. Volcamos en París en una curva frente a las Tullerías. El eje se rompió y corrimos gran riesgo. Iban Bacardí y sus dos hijos en el carruaje, Pablo Gil¹, y hasta diez u once personas más. Romeu se hizo una gran llaga en la rodilla y esto demoró el viaje a Londres.

Mejorado Romeu, vino el cólera morbo a Barcelona. No decidido Romeu para ir a Inglaterra, me dice que cómo solo, sin hablar una palabra de Inglés y sin conocer a nadie en Londres, voy a tomar el pasaporte para ese país. Siempre he mostrado resolución de carácter cuando he querido lograr un objetivo capital, sin mirar los inconvenientes pequeños.

A mi regreso a París, Romeu se había marchado, y continuando el cólera en Barcelona y habiéndose agitado la ciudad, consulté a mi madre si me permitiría hacer el viaje de Italia en el entretanto, y me lo concedió. Mi madre, en el fondo el mismo carácter, quería sobre todo que no fuera miliciano nacional y para ello hizo los mayores sacrificios de dinero y de cariño con mi ausencia de cuatro años largos.

Salí de París en Noviembre de 1834. Sirvió mucho el pasaporte que conservo y guardé, a costa de mucho trabajo, de las triquiñuelas de cien policías. En Ginebra estuve indispuerto dos o tres días. Atravesé el Simplón con mucha nieve, llegando a Milán solo en la diligencia con un frío intenso. La familia Brocca me acogió en Milán con mucho cariño y sus recomendaciones en la policía me facilitaron el viaje a Venecia. Me detuve en Verona para ver el discutido sepulcro de Julieta y Romeo. De Verona fui a Venecia, de allí a Ferrara, de Ferrara a Bolonia y de allí a Roma donde vi el carnaval; durante la cuaresma pasé a Nápoles, Messina y Palermo. Regresé a Nápoles y de Nápoles a ver la Semana Santa en Roma.

Las conversaciones con los Sres. Brocca en Milán, artistas todos ellos y que poseen una buena galería de cuadros, los consejos de las guías y libros de viajes y

¹ Pablo Gil i Serra (1816-1896), de la edad de Brusi, luego banquero en París, dejará a la ciudad de Barcelona un legado para construir un nuevo hospital (H. de San Pablo). Sus fiduciarios encargaron el proyecto al arquitecto Domènech i Muntaner.

conversaciones con viajeros ilustrados me hicieron tener afición y gusto para las Bellas Artes. En Roma conocí al pintor D. Pelegrín Clavé y otros jóvenes con quienes comía en casa de Lepori y formé mi gusto. Hay tantos y tan buenos cuadros en Italia, tantas obras magníficas de arte que su sola comparación revela lo bueno y hace distinguir lo malo a una inteligencia regular. A la simple vista distinguía el cuadro con su escuela y su autor, equivocándome raramente.

Las antigüedades de Roma que visité me iniciaron en la historia antigua de aquel gran pueblo. En Pompeya y Herculano se vive en él. En Italia me creció la afición al estudio, que se confirmó en Alemania, y en una y otra pronto conocí lo mucho que debía estudiar. Esto me dio el carácter observador que tengo, el afán de saber que nunca me ha abandonado.

De Roma por Siena fui a Florencia. Me detuve en Asís, patria del gran san Francisco, el poeta y el filósofo místico. En Asís se ven las pinturas de Giotto y otros que precedieron al renacimiento como en ninguna otra parte. En Italia cada sitio tiene su lado sublime.

En Siena y algún otro punto donde se detuvo el *vetturino* en que viajaba admiré bellos cuadros de la escuela florentina primitiva. En Florencia se desarrolla esta escuela de un modo peculiar. Al cabo de tantos años de 1835 a 1865, aún recuerdo donde estaban colocados en la Galería Pitti ciertos cuadros, por ejemplo la *Madonna de la Seggiola*, al lado de una puerta, frente del puente por donde se entra.

De Florencia fui a Pisa, Lucca y regresé a Bolonia, donde lo mismo que la primera vez me obsequió mucho el buen Massini que había conocido en Barcelona, quien por su muerte prematura no he podido corresponder como hubiera deseado.

De Bolonia fui, en carroza particular y atravesando el Po en barca, a Cremona, que me propuse visitar por la fama que tiene no se que pintor célebre por los trabajos que dejó en aquel punto. Como los aduaneros austríacos no tenían al otro lado del río más que mi persona con quien entretenerse me hicieron sufrir un registro de una hora, mirando todas las piezas del necessaire y alarmándose por una medalla de Napoleón al pasar los Alpes que iba a echar al río para hacerles ver el poco caso que de ella hacía. De Cremona pasé y me detuve en Parma, Modena y Pavía y de allí regresé a Milán, volviendo a vivir junto a mis amigos Brocca.

Mi madre me había dado permiso para ir a Alemania, continuando en Barcelona las revueltas, y repitiéndome en sus cartas que no quería que su hijo llevase un fusil. Los que hayan conocido a mi buena madre, criada en las ideas antiguas, y consideren el físico

débil que tenía yo a los veinte años, no podrían menos de maravillarse, y yo veo en ello la mano de la providencia que me destinaba a hablar del mundo y por esto me conducía por el mundo. Lo estudiaba al natural, y me familiarizaba con los idiomas extranjeros que tanto debían servirme.

En Milán hice la excursión al Lago de Como y a Monza, aquí para ver la corona de hierro con que se coronaban los reyes lombardos y al lago para poder hablar de él, pues era invierno y estaba sin sus principales atractivos. Al querer regresar de Como a Milán, el comisario de policía se empeñó en que era hijo de italianos y que me escapaba de las quintas. Me costó mucho trabajo persuadir a aquel buen hombre de su error. Decía que para ser extranjero hablaba yo demasiado bien el italiano, y por lo mismo cuanto más me esforzaba yo más se confirmaba en su opinión. Finalmente pude salir de sus garras. La policía austríaca en Italia era en aquellos tiempos de una estupidez increíble. He pasado muchas horas en sus bancos al lado de paseantes de monos y deshollinadores de chimeneas para obtener el más insignificante visado.

Una de esas exigencias me proporcionó ver la Suiza. De Milán quise ir a Viena. Después de habérselo pedido dos veces al comisario, me dijo que me viese con el jefe de la policía. Este señor muy amable me habló de mi buen acento italiano y de muchas otras cosas, pero desviaba siempre la cuestión del pasaporte. Insistiendo yo a mi vez en ello, me dijo que no me cansara que no me lo daría. Que no había nada contra mí en las notas de la policía, pero que dando él el pasaporte, él sería el responsable en Viena. Me aconsejó que fuese a Turín, que allí el embajador austríaco me lo visaría sin dificultad, y que como nadie se metería con el embajador, yo lograría mi objeto y él no se comprometería. Siendo inútiles mis ruegos, acepté el partido que me indicó. Si a una persona tan ajena a la política como yo en aquella época se le controlaba de este modo, ¿qué causó que la dominación austríaca se hubiera vuelto imposible en Italia?

De Turín, donde en efecto el embajador austríaco me visó sin dificultad el pasaporte para Viena, pasé a Ginebra. Allí visité, ya en la buena estación, el Mont Blanc y el Valle de Chamonix. La vista de los paisajes de Italia me había aficionado ya a admirar la naturaleza, así como la belleza de sus infinitos cuadros me había infundido el amor a lo bello artístico. Había adquirido pues en poco tiempo el amor que no me dejaría más, a lo bello, física y moralmente.

De Ginebra por Berna, donde encontré a un sobrino del general Mazarredo que había conocido en París y reencontrado en Florencia, nos dirigimos al Oberland de Berna por el lago de Thun e Interlaken, para viajar a pie el Oberland. Solo, con 21 años, sin

ningún itinerario trazado por preceptor o consejero, revelé mucha fuerza de voluntad y el afán de aprovechar el tiempo, otra virtud que debo a los viajes. En mi vida solo tengo remordimiento del tiempo irrecuperable que perdí del 30 al 34, tres años.

Con el palo ferrado en la mano, zapatos con fuertes clavos, y con el ligero bagaje de los pocos años, anduvimos a pie ocho días, haciendo de siete a ocho leguas al día. Las montañas fatigan menos cuando se sube por la mañana, descansado, y bajando por la tarde. Un par de percances leves, al bajar al centro de Schaffhausen nos hizo perder la afición a continuar el viaje a pie. Allí me separé de Mazarredo. Buena persona, pero obstinado como buen navarro. Quería ir a los puntos de más peligro en las cascadas y precipicios y me hacía sufrir. Le dije que prefería ir solo a viajar con pena. Nos separamos en buenas relaciones. Años después le volví a ver en Barcelona, y creo que se casó en Valencia. Le llamaba Don Mariano.

Visitamos el Lago de los Cuatro Cantones, subimos al Rigi por Unterwalden, fuimos a Lucerna y de allí a ver la cascada del Rhin. De Schaffhausen al Lago de Constanza, en vapor, viajé con el entonces hijo de la Reina Hortensia y hoy Emperador de los franceses² que se quedó en Arensberg, quinta poco distante del Rhin, ahí muy estrecho. Vestía de oficial de artillería suizo. Le acompañaba un caballero de edad, y estuvieron separados de los demás, hablando entre sí.

Por el lago de Constanza me dirigí a Alemania, solo y sin hablar una palabra alemana. Ésta fue una de mis mayores imprudencias. Una enfermedad en Salzburgo o en Lintz me condenaría a morir en un hospital. Dios me condujo por la mano al puerto de salvación.

Me detuve en Constanza, célebre por el Concilio. Por el lago del mismo nombre fui a Lindau, y por Memmingen a Munich. No había diligencias pero sí unos *vetturini* en postas, semejantes de los italianos. Un conde que viajaba con dos hijos de corta edad, chambelán de Munich, curioso como todos los alemanes, después de haberme escudriñado todos los rincones que pudo, me dio un consejo que en mi afición a lo bueno me ha ahorrado infinitos gastos. Veo me dijo, que es Vd. aficionado a las bellas artes, pues le aconsejo que ni en medallas, ni en cuadros ni en ningún otro ramo le entre la tentación de formar colección, ni ansia de poseer cuadros de valor. Por ahí perderá toda

² Se trataba del príncipe Luis Napoleón, luego Napoleón III. Residía durante su exilio en el castillo de Arensberg. En 1836, aprovechó su condición de oficial del ejército suizo para trabar relaciones en aguas del Rin con oficiales franceses de la cercana guarnición de Estrasburgo. Con el apoyo de éstos resolvió dar un golpe que tuvo lugar a finales de octubre del mismo año, muy pocos días después de su coincidencia con Brusi en las mismas aguas del complot. El intento se frustró, y el príncipe fue preso y deportado a América.

su fortuna. Cuando tenga Vd. uno querrá poseer dos y no habrá remedio para Vd. Le di las gracias de pronto, pero me quedó tan viva la idea, que fiel a ella y conociéndome a mi mismo, ni un solo cuadro he querido en mi casa, haciendo para ello pintar las paredes de modo que no tuviesen colocación. Lo que he gastado en la torre me hace ruborizar a veces al pensar qué hubiera sido de mí sin el consejo de mi compañero de viaje.

En Munich saboreé yo todas las grandes obras modernas hechas por el Rey Luis. A los pocos años no podía comprender como un hombre que había dado tantas pruebas de talento, se dejaba bromear por la Lola Montes, desacreditándolo ante los escolares de Munich. Debilidades humanas de las que nadie se puede considerar exento.

De Munich pasé a Salzburgo, visitando sus famosas minas de sal. De allí pasé a Lintz sobre el Danubio. Había un campo atrincherado para un gran ejército en torno a Mauthausen. Allí vi por primera vez un camino de hierro sin fuerza animal.

Habiéndome propuesto viajar por el Danubio y no habiendo otro medio que el flossholtz (madera flotante) a él me adherí. Otra de mis imprudencias, que manifestaban la tenacidad de mis propósitos, que por poco me cuesta cara. La balsa de madera conducía varias personas de mediana clase, entre ellas me parecieron algunos estudiantes. A poco de entrar me invitaron a beber en un gran tarro de cerveza que se pasaban de mano en mano y repugnándome beber del mismo vaso, lo llevaron a mal y tuve que acercarme a los labios la copa fraternal. Cada noche pernoctábamos en un pueblo de la orilla, echando los hombres que dirigían la balsa, una cuerda que ataban a unos pilones destinados al efecto. Me parece que el viaje duró tres días. Las dos primeras noches se pasaron sin novedad. Dormíamos de seis a ocho personas desconocidas en el mismo cuarto. No teniendo en mi puesto más que una sábana cogí la del vecino que no había llegado, y reclamándomela éste después vino a cogérmela, pero envuelto en ella no me la dejé quitar. Sin hablar una palabra de alemán, fue una imprudencia que pudo costarme un disgusto.

En la última noche antes de llegar a Viena, sobrevino un fuerte viento en el Danubio y no pudiendo atracar la balsa y viniendo encima la noche, varamos en la orilla del río. Solo y de noche seguí donde vi alguna luz, y resultó ser Klosterneusburg.

Al día siguiente, debiendo retardarse la marcha de la balsa, escarmentado, recogí mi equipaje y en un cochecito llegué a Viena. Alojado en un arrabal, a los pocos días encontré un buen cuarto amueblado, en casa de una viuda muy decente, frente de la universidad.

En Viena me proponía aprender de firme el alemán. En una tienda de estampas donde compré el mapa de Viena y la guía de la ciudad me proporcionaron un excelente maestro de alemán que sabía el francés. Al mes o mes y medio había hecho grandes progresos y me daba a entender. Estudiaba de ocho a diez horas al día. En Viena se fortificó mi afición al estudio y al trabajo de gabinete. M. Richter, banquero al que me habían recomendado los Sres. Brocca de Milán me aceptó muy bien y con frecuencia me convidaba a comer en su casa. Mi permanencia en Viena era por lo tanto muy agradable.

Habiendo conocido en el café donde almorzaba varios jóvenes italianos, esto me procuraba ocasión de hablar otra lengua que la alemana, y preguntando dónde se hablaba mejor y diciéndome que en Sajonia, me decidí a marchar para Dresde, en el rigor del invierno, donde no conocía a nadie. Me detuve en Praga y pasé a pie las montañas de la Bohemia, llenas de nieve. Mi salud se había robustecido y no sentía el frío.

Las diligencias procuraban conocimientos utilísimos para los viajes de recreo, lo que se ha perdido con el ferrocarril, donde cada uno se aísla en su asiento. Con algún conocido del viaje fui en Dresde al paseo en el llamado Jardín de Invierno fuera de la ciudad. Allí sentado en una mesa, oyendo una excelente orquesta y en medio de una nube de humo de cigarros y pipas del que participaban gran número de señoras ocupadas en su labor, un alemán, que dudaba si había saludado en París, me recordó él habernos visto en casa de Mme. Violette –Hotel de Berlin et de Prussie– donde había yo vivido y él también. Mientras estuvimos allí no habíamos pasado de algún corto saludo. La curiosidad alemana volvió a serme aquí útil áncora de auxilio. Me preguntó lo que venía a hacer en Dresde y demás preguntas obligadas, y sabiendo que era para perfeccionar el alemán me ofreció darme lecciones, por fuerza en una hora que tenía libre al mediodía. Este joven era un abogado llamado Carl W. el cual no sólo me dio las lecciones que me ofreció, sino que me presentó a todos sus amigos, de lo mejor de la población, me introdujo en el círculo y pasé un invierno, tal vez, y sin tal vez, el más agradable de mi vida.

El joven español, así me llamaban, o el pequeño español, era agasajado por todo el mundo. Habiendo dicho los periódicos que el hijo de Mendizábal se hallaba en Alemania educándose, me costó mucho trabajo persuadirles que no era yo. En aquella época –1836– el nombre de Mendizábal sonaba mucho³.

³ El gobierno de Mendizábal iniciaba entonces la aplicación de las leyes de desamortización de los bienes eclesiásticos y la del servicio militar, ambas muy discutidas.

En Dresde viendo que hacía mal papel sin saber bailar tomé mis primeras lecciones de baile, yendo todas las noches a una academia, haciendo el un, dos, tres como todos los jóvenes que iban allí. Después de bailar los rigodones y valeses, empecé a aprender el minuet. No fui sobresaliente, pues valsean tan bien los alemanes, pero en el círculo fui a varios bailes y no lo hacía mal. Entonces no bebía vino y me molestaba el no poder brindar con el champán en la cena de media noche y en las canciones de mesa que cantaban todos hombres y señoras. Dudo que en ninguna parte la gente pase una vida más agradable de la que llevábamos entonces en Dresde las muchas personas, letradas las más que veía.

Hice una excursión en invierno y en trineo a la Suiza Sajona. El trineo iba descubierto y las montañas y el trineo lleno todo de nieve. El Elba se heló. Pasé un gran susto viniendo por encima del río helado desde el Jardín de Invierno hasta la ciudad de Dresde. Los demás patinaron y me dejaron ir. No me atreví a atravesar las orillas y por el centro del río llegué a Dresde, prometiendo no volver a repetir el viaje del Elba helado, mas peligroso que el Danubio revuelto.

Hice grandes progresos en el alemán. Traduje del francés las *Palabras del Creyente* de Lamennais⁴, aprendí a escribir en alemán y a los tres o cuatro meses de estar en Dresde acabé por pensar en alemán, tan familiar me era.

De Dresde, con permiso de mi madre, me resolví a hacer el viaje del norte. Salí para Berlín, de allí a Hamburgo, donde encontré a D. Ramón Milá de la Roca, que acaba de morir, y a D. Alejo Vidal y Cuadras y con ellos pasé algunos días muy agradables en Hamburgo.

Salí para Lubeck en dirección a San Petersburgo. Grandes dificultades en el consulado de Lubeck para visarme el pasaporte. Lo conseguí al fin enseñando la recomendación del banquero de San Petersburgo, que me había dado el Sr. Richter de Viena, quien seguía remitiendo mi correspondencia y dándole la dirección que yo le señalaba.

Al fin me embarqué en Lubeck. Viajé tres días en el Báltico con bastante mal tiempo, llegando a Kronstadt por la noche. Vino un señor con grandes charreteras (en Rusia todo el mundo las lleva) Quería saber lo que quería hacer en San Petersburgo y demás. Al que no le encuentran conforme lo despiden otra vez para Lubeck. Entonces,

⁴ *Paroles d' un croyant* fue objeto de una encíclica desaprobadora del Papa Gregorio XVI en 1834, al igual que poco antes habían sido condenadas el resto de las obras de Lamennais (1782-1854). *políticos*).

con motivo de la guerra civil, la Rusia no había reconocido a España y no teníamos embajador en San Petersburgo.

Obtenido el pase a la mañana siguiente nos trasladamos a un pequeño vapor que nos condujo a San Petersburgo. Salimos muy temprano sin tomar nada. En el vapor no había nada para comer, según se me dijo. Llegamos a San Petersburgo a las once de la mañana. Desembarcaron todos los rusos y equipajes de los rusos. Últimos yo y un francés que había conocido a bordo. Antes no hubimos salido de las aduanas, donde también registraron a todo el mundo antes que a nosotros, fueron las dos o las tres de la tarde, llegando en ayunas a la fonda francesa de la Ciudad de París (¡Grand Paris !)

Llegado a San Petersburgo a mediados de Mayo permanecí en Rusia hasta primero de julio. Empecé a aprender el ruso; leía ya algo y pedía lo más indispensable. En los tres días más largos del año –20 al 23 de junio– viajé a Moscú para ver las noches sin oscuridad. Poco antes de medianoche, hay un crepúsculo que dura una media hora, para reaparecer la aurora. Se siente una fatiga extraordinaria y la monotonía de la falta de noche. En un mes no encendí luz. Recuerdo haber salido del teatro de la ópera rusa a las once de la noche y la sorpresa de hallarme en claridad completa.

De regreso a San Petersburgo y queriendo ir a Suecia, no habiendo vapores, emprendí el viaje por Finlandia por tierra, solo, en una carreta de cuatro ruedas medio cubierta que compré a un rudo francés, el cual la había adquirido para el mismo uso diciéndome que la vendería en Abó (golfo de Finlandia) donde tocaban una vez por semana los vapores que iban a Estocolmo.

Había caballos y postillones que se cambiaban en cada posta. A las pocas postas vi que los postillones, al untar las ruedas, meneaban la cabeza. Finalmente entendí que el eje, que con sorpresa vi era de madera, estaba gastado. Temí quedarme en medio del camino. Tres días y tres noches de viaje seguidos sin comer caliente. Llovía, no pudiendo abrir el paraguas que hubiese inutilizado el viento.

En Helsingfor, capital de la Finlandia, me paré en medio de la calle preguntando a los que pasaban si hablaban el alemán. Al fin un capitán de buque que había estado en España me dio un “ya” que me salvó la vida. Le conté mi caso y me acompañó a casa de un judío –el buen samaritano– que me dio de comer y se me quedó el carruaje por 95 francos. Me había costado 200, pero la recomposición me exigía mucho gasto y perder el vapor en Abo. Seguí el viaje en una carreta que se cambiaba en cada posta, con un asiento sin respaldo. Llegué a Abo rendido de fatiga.

En el vapor no hallé camarote, dormí no sé dónde. Al llegar a Vaxholm, fortaleza fronteriza de Suecia, me detuvieron en una isla frente del presidio, por no ir mi pasaporte visado por el rey. De resultas de la guerra de Napoleón se había dado una orden general en este sentido, que las demás naciones habían quitado pero que la falta de viajeros españoles había dejado subsistente. Por el mismo vapor comuniqué mi cuita al embajador español, quien se apresuró a contestar que hallándose el rey ausente de Estocolmo debía tener paciencia hasta que su majestad regresara.

Tres días o cuatro inútiles en la isleta. Amistad con un capitán de artillería sueco confinado en el fuerte. Hicimos algunas expediciones por aquellas islas. Durante una de ellas vino el pasaporte, y el gobernador me reprendió por haberme ausentado.

Llegué a Estocolmo en una lancha. El embajador pariente de Daoíz, y su secretario hijo del célebre Burgos⁵ me recibieron muy bien. Me invitó a comer. Viajé a las minas de hierro no acordándome nunca de lo que habría sido de mi si caía enfermo. El alemán sirve mucho en el norte.

De Estocolmo, atravesando el país, por el canal y los lagos pasé a Goteburgo y a Helsingborg, sobre el Sund. De allí al otro lado del Sund en Dinamarca y Copenhagen. Atravesé el Sund en una lancha a vapor sin percance. Se ven perpetuamente las dos orillas. De Copenhagen fui a Lubeck para recoger el pasaporte español, que así pude llevar todo el resto del viaje. Regresé a Hamburgo, donde permanecí algunos días aguardando el vapor que debía conducirme a Amsterdam. Durante estos días tomé las primeras lecciones de inglés. Aquí y en San Petersburgo destaca mi constante afición al estudio, y sobre todo al de las lenguas por la facilidad que en ellas hallaba. Me proponía a los seis meses de estudio hablar correctamente cualquier idioma.

De Amsterdam (excursión a Volendam) pasé a La Haya y Rotterdam, hice el viaje del Rhin deteniéndome en varios puertos y por Estrasburgo regresé a París, cansado de tanto cambio de domicilio y sobre todo de tantas personas que sólo miraban a las recompensas que les daba. Los viajes para ser agradables siempre han de ser limitados y de duración no muy larga.

En París volví a casa de Mme. Violet (Hotel de Berlin et de Prussie). Me pareció llegar a casa, pues los dueños eran muy buena gente y la señora me cuidó como una madre en el tifus que allí tuve en el verano de 1837, de resultas del cansancio de los

⁵ Se refiere a Daoíz, el héroe del 2 de mayo de 1808, y a Javier de Burgos, que fue ministro de Fomento en 1833 y efectuó la división de España en provincias.

estudios y sobre todo de las herborizaciones de los domingos en los bosques inmediatos a París, donde hacía mucho calor y se experimentaba mucha fatiga.

Aquel invierno trabajé mucho en París. Estudios de Química con Orfila, ya en la Escuela de Medicina y Dumas en la Sorbona; física en la Sorbona con Dulong y Poncelet; botánica después con M. Jussieu; lecciones de mineralogía y por la mañana lección diaria de matemáticas, privada. También aprendí la taquigrafía, y escribía con sus signos.⁶

Hallándome en la clase de M. Dulong, Colegio de Francia (química) me sentí un dolor de vientre atroz, salté las gradas y recuerdo que un alumno me preguntó si me hallaba mal. No encontrando carruaje en la estación de Luxemburgo, tuve que ir a pie con mucha pena hasta la rue des Frondeurs (cerca del Palacio Real) donde estaba la fonda. Dolores atroces de vientre. Las clases me obligaban a hacer los almuerzos en los detestables restaurantes del Quartier Latin y esto pudo darme la enfermedad, así como el tomar dos y tres tazas de café después de las once de la noche para no dormirme, pues quería trabajar hasta las doce. Mejoré, y aún salí de casa, pero hallándome mal. La recaída fue peor y los amigos que me visitaban, Calvet y D. Ramón Milá de la Roca, me han dicho después que creían que me moría. Nunca pensé tanto. Mme. Violet me aplicó un sin número de cataplasmas, me preparó las lavativas y me hizo las veces de madre. Así la llamaba después. La convalecencia fue larga y me ofreció una quinta (vaquería) que tenía cerca de Melun un capitán, M. Decker, que vivía en la fonda. Allí me mejoré bastante. De allí visité Fontainebleau aún no bien restablecido. En París me acabaron de recobrar unas comidas en abundancia.

Conociendo que me fatigaban las idas de la fonda a las escuelas, me alojé con D. Salvador Pi, que también seguía cursos en el Quartier Latin, passage St. André des Arts, en una casa de estudiantes reposados. Nadie entraba en la casa ni pasaba por delante del escrutinio de la escrupulosa Mme. Lardenne.

6 Los profesores que nombra Brusi, a cuyas clases asistió, todos ellos fueron personalidades destacadas en su especialidad: Mateo J.B. Orfila (1787-1853), químico y médico menorquín que en París fue catedrático de medicina legal y es considerado el creador de la toxicología. Jean Baptiste Dumas (1800-1884), químico que descubrió numerosos compuestos y procesos de química orgánica y fue ministro de Educación. Pierre-Louis Dulong (1785-1838), químico y físico con importantes descubrimientos en su haber y que formuló una ley sobre el calor específico (Ley de Dulong y Petit). Jean Victor Poncelet (1788-1867), militar y matemático, fundador de la geometría proyectiva. Jussieu, de una conocida familia de botánicos, existiendo una universidad con su nombre. Marc Girardin (1801-1873), más conocido como Saint-Marc Girardin, era un prestigioso profesor de poesía y ensayista, además de político y luego Académico. Eugène Lerminier (1831-1849) fue el autor de la *Historia general y filosófica de las legislaciones comparadas*.

Seguí los cursos añadiendo solo uno de anatomía práctica, en la Escuela Práctica de Anatomía. Conocí que para progresar en las ciencias naturales debía empezar por conocer la anatomía. El efecto que me hizo el primer día que penetré en aquellas salas llenas de cadáveres solo pudo hacerle frente el *amour de la science* que me había dominado. Un alumno en un gabinete de lectura del barrio latino me proporcionó todos los huesos para la osteología, que conocí perfectamente. Dejé de ir tan solo por falta de tiempo a la escuela práctica. Seguí varios cursos de literatura en la Sorbona y Colegio de Francia, entre ellos los de Saint-Marc Girardin y Lerminier, literatura francesa y justicia comparada.

Por conducto de M. L., que comía con nosotros en casa Mme. Lardenne entré en una imprenta donde aprendí la composición, y con mi caja de distribución y composición propia llegué a componer regularmente varios trozos de una obra de autores latinos, cuyas pruebas guardo. Esto me ha servido después para la dirección de la imprenta.

Hallándome en estas ocupaciones un suceso fortuito decidió mi vuelta a España. D. Pablo Anguera me recomendó una señorita inglesa Miss Jane Wignall, hija de un comerciante amigo suyo de Birmingham, que había hecho malos negocios, dejando viuda a su madre, señora muy respetable con tres o cuatro hijos, de los cuales Miss Jane era la mayor. Anguera la trajo a Barcelona para la educación de sus hijos. No aviniéndose, ni pudiéndose avenir en el trato de la casa, regresaba Miss Jane a Inglaterra, y Anguera me la recomendó en París. Sea por economía o por falta de vapor Anguera embarcó a Miss Jane en un buque de vela, que naufragó en las costas de Sète, salvándose milagrosamente aquella señorita en una lancha. Iba en el buque D. Pablo Llorca, de Reus, que contribuyó a su salvación poniéndola en el bote. El capitán y algunos marineros que quedaron en el buque perecieron, zozobrando el buque apenas embarcados aquellos en el bote.

La relación de estas desgracias y las cualidades, morales sobre todo, de la señorita me interesaron en los tres o cuatro días que permaneció en París. Seguimos después una correspondencia seguida, y como consecuencia de ella, salí para Birmingham sin contarlo a mi madre. En Birmingham le ofrecí que me casaría con ella si mi madre me daba el permiso, o que si no, no la volvería a ver. Así sucedió. A mi regreso a París escribí a mi madre que deseaba verla y me dio su permiso para un viaje a Barcelona. Al cabo de algunos días le expuse el hecho, y me dijo que nunca consentiría la boda. Comprendo ahora que tenía razón; era imposible con las ideas religiosas y con los antecedentes de la casa, que me casara con una protestante. Escribí a Miss Wignall lo

que pasaba y me despedí para siempre. Ella se casó después y se marchó a la Australia, no habiendo desde entonces sabido ni preguntado noticias de ella⁷. Desde que he conocido, apagada la pasión y anulado el compromiso, el desatino que hubiera hecho, doy gracias a Dios por haber obedecido los preceptos de mi buena madre, deplorando la pena que le causaría este suceso. Le dije, y dije mal, que no me vería ella casada con otra mujer, y así se cumplió⁸.

De vuelta a Barcelona conocí que el estado de la casa no era propicio. El *Diario* que era su mayor negocio iba en decadencia marcada por no haber querido hacer el depósito y poner el editor responsable exigido por la ley de imprenta. El *Diario* estaba reducido a seiscientos o setecientos suscriptores y daba una pérdida de unos cien duros mensuales que absorbían las demás ganancias de la imprenta. Las dos o tres mil libras de renta sufragarían los modestos gastos de la casa. Esto alejó de mi toda idea de regresar a París, y por lo mismo di orden a Artigas y Espiell, platero, que había quedado allí, que vendiera los pocos muebles de mi ajuar y alguna leña que quedaba para el invierno.

Sin ninguna idea práctica del periodismo conocí que debía dirigir mis esfuerzos a mejorar el *Diario*. Hablé de ello con mi cuñado D. Pablo Soler, que desde la muerte de mi padre (Q.D.G.G.) ocurrida en 1821 estaba al frente de la casa y convino en esta idea. Soler, sumamente laborioso y distraído con mil ocupaciones y cargos públicos, no era hombre de iniciativa. Consulté el asunto con D. Baltasar Doménech, secretario que había sido de la Capitanía General de Cataluña durante largos años, hombre práctico en los negocios de su incumbencia, amigo de mi padre y de mi familia, que me quería como un hijo, pero que lejos de su esfera de acción no le habían llevado sus estudios ni sus opiniones templadas. Opinó, y recuerdo que estaba en cama un día que le hablé a D. Baltasar del asunto como cosa resuelta por mí y consentida por mi madre, que lo consideraba inútil por los compromisos que traería y por los gastos que un redactor (24.000 reales dijo) ocasionaría. Le objeté que copiaríamos noticias extranjeras, y me replicó que nadie se ocupaba de ellas en medio de nuestros disturbios. Qué sé yo, le dije,

⁷ Jane Wignall, nacida en Birmingham en 1815, casó en 1839 con Thomas Fawcett, también de Birmingham, y ambos viajaron a Australia donde tuvieron, como mínimo, un hijo. Fue luego a Canadá, donde murió en 1863, dejando numerosa descendencia en la ciudad de Victoria.

⁸ Brusi cumplió la promesa, pues no se casó hasta cinco años después de fallecer su madre.

lo que haremos, pero lo que sí sé es que es menester hacer algo ya que si no hacemos nada nos moriremos.

Soler propuso dar las dieciséis páginas diarias, en lugar de ocho por los mismos 10 reales, precio de la suscripción. Esta idea práctica se le debe. El público recibió con agrado la mejora, y al cabo de poco tiempo D. Juan Cortada me escribió un remitido firmado Aben Abulema, dice el epígrafe: Estoy por las mejoras. Este fue el principio de los artículos de Cortada que en la primera época del *Diario* fueron un acontecimiento que contribuyó a su prosperidad. En las notas que poseo se verá el aumento que tuvo constantemente desde entonces.

Las mejoras principiaron si no me engaño en 1º de octubre de 1838 a los dos meses y medio de haber llegado de París. Llegué en 16 de julio en vapor procedente de Cette y pasando por Burdeos, Nimes y Perpignan. Traduciendo con Soler, sobre todo las noticias del *Centinela de los Pirineos*, que las daba de las provincias vascongadas, y extractando los artículos de fondo de los diarios de Barcelona, y lo más notable de los periódicos de Madrid llegamos a dar al nuestro un interés mayor cada día. Yo señalaba el correo de Madrid, que venía primero dos veces a la semana y después tres, lo que me daba gran trabajo. Llevaba la correspondencia, la caja y todo el trajín de la obra *Le Monde, Historia de todos los pueblos*, que emprendí con los Sres. Torner y Alier (antiguo empleado de aduanas), aquél impresor y éste traductor. Con el primero debíamos imprimirla, pero la hice yo siempre. El segundo era un traduttore y D. Juan Cortada le revisaba el original. Yo lo contrastaba con el francés. Este me dio lecciones de traducción, pues Cortada es buen gramático y tiene gran facilidad en torcer el giro de las frases.

Después se separaron de la empresa los Sres. Torner y Alier, no sin haber tenido algunas disputas en la única sociedad que he mantenido en esta clase de negocios y que aconsejé a mi hijo no repetir. Las únicas sociedades admisibles son las que están representadas por valores muebles, que vendido el papel se deja de ser socio. Las demás con participación son un manantial de disgustos. *El perro suelto bien se lame*. Aplicando esta idea, no quise dar a Soler una participación en los beneficios de la casa, pues siendo de difícil liquidación una imprenta y la de obras impresas, pensé que al separarnos o a su muerte, esto nos traería disgustos. Le señalé un salario y marchamos perfectamente siempre. Lo más que se puede hacer y esto ocurriera alguna vez, es por participación en los beneficios en un tanto por cien con una liquidación cada año, imprenta y los productos del Diario.

El *Diario* siguió mereciendo el aprecio del público con extractos de los demás periódicos y de los de Madrid y extranjeros hasta que un decreto de Ley de Imprenta, creo que fue el de 1845, hablaba algo sobre propiedad en la redacción de las noticias desde su publicación. Me avisté con el Sr. Carles⁹ para hablar sobre el nuevo decreto y al despedirme le dije incidentalmente que si tenía dificultad en que el *Diario* copiara las noticias locales del diario que dirigía el Sr. Carles, y era uno de los diversos que había publicado Ramírez desde *El Guardia Nacional*, periódico moderado, hasta *La Corona*, periódico progresista, nada más hasta que la aprobasen. Carles, creyendo sin duda que estaba en un apuro me dijo que “bueno”, que publicásemos ya las noticias.

Las dificultades que ha estado en mi mano vencer, me han proporcionado siempre ventajas con el triunfo de ellas. Cortada se había cansado de escribir y después de dejar la parte jocosa no fue feliz en un ensayo serio que hizo. Así me escribió una carta amistosa diciéndome que su patrimonio era su pluma y que conociendo que degeneraba su trabajo en el *Diario* renunciaba a él. Cortada escribía también sobre teatros. Necesitando yo un escritor al efecto de juzgar las representaciones teatrales que entonces llamaban más que ahora la atención del público, el mismo Cortada me indicó a D. Pablo Piferrer, que antes no había llegado a la celebridad que adquirió en el corto tiempo que media desde que empezó a escribir en el *Diario* hasta que su enfermedad le obligó a cesar en él, y me procuró primero a Llansás, que yo le dije desde el primer momento no haría prueba. Piferrer con su bondad natural se empeñó en que sí, y en tres artículos me dio dos disgustos, hasta que por el tercero mandé al Sr. Semís, joven habilísimo, que traducía ya el correo extranjero, a Premiá o Vilasar de Dalt donde estaba Piferrer enfermo, y al llegar encontró ya a Llansás para explicarle el asunto a su modo.

Convencido Piferrer de la imposibilidad de aclimatar a Llansás en el *Diario*, me proporcionó a D. Juan Mañé y Flaquer, quien entonces era sólo conocido por trabajos que había hecho en revistas poco leídas de D. Víctor Balaguer. ¡Secretos designios de Dios! De la incompatibilidad absoluta de carácter de Llansás con el reposo del *Diario*, salió el conocimiento de la persona que después se ha identificado tanto con él y conmigo.

Volviendo un poco atrás cuando Cortada me dijo que no podía continuar en el *Diario* y escribía las revistas dramáticas Piferrer con grande éxito, fue cuando el Sr. Carles me dijo que publicase por mi cuenta las noticias que siempre copiaba del periódico de

⁹ Francesc Carles i Gabarró era director del diario moderado *El Fomento*. Este mismo diario mantuvo en 1849 una disputa con Brusi y con su cuñado Soler, a los que acusaba de edificar abusivamente en la calle Llibreteria.

Ramírez y demás que se publicaban en Barcelona. Piferrer entonces me proporcionó a D. Bernabé Espeso, que había trabajado con él en *La Corona*, periódico moderado muy bien escrito y que yo heredé. Espeso creó la crónica local en Barcelona, pues antes no existía como sección la más leída de los periódicos, sino como reseña de algún hecho importante que ocurriese. Se pasó mucho tiempo antes que los demás periódicos nombrasen un redactor ad hoc idóneo para esta sección, y la pluma animada de Espeso en sus buenos años, el colorido que sabía dar a sus descripciones en las que nadie le ha igualado, adquirieron una gran popularidad en el diario. En el libro *England as it is* se lee que esta parte del *Times* le ha dado más nombre y extendido su lectura que los artículos de fondo y sus correspondencias.

Mañé empezó a escribir de otras materias de crítica y arraigó el diario con criterio propio. Illas y Vidal y el malogrado D. José Sol y Padris escribieron sobre industria, después de haber cesado el diario *El País*, periódico fundado por los fabricantes y redactado por Illas y Villalobos, que también heredé yo, mediante adquisición. Semís escribió algo, si bien muy poco. Coll y Vehí, antes de ir a Madrid a hacer oposiciones a la cátedra, sucedió a Semís en la traducción de las noticias extranjeras. Esto era ya sobre el 48.

Reynals y Rabassa entró escribiendo sobre noticias industriales, pero también trabajaba en *El Bien Público*, cuando cesaron de escribir en el *Diario* Illas y Sol y Padris. Campaña brillante de Reynals, antes del 54, en tiempos del Conde de San Luis cuando con sus nebulosidades le decía grandes claridades, que el público comprendía perfectamente. Según se ve cada día nos lanzamos más a la política.

Vino en esto la revolución de 1854, que fue nuestro paso del Rubicón. Identificada con aquellas ideas la sección local, o más bien una parte de ella se hizo política narrando los sucesos. Publiqué con grande exposición un escrito de Figuerola en defensa de los fabricantes. Visita de Barceló y otros tejedores con puñales amenazando a la redacción y a la imprenta. Figuerola, escondido, replicó. Mandé que se pusiera su réplica desde la Puda donde me hallaba y López¹⁰ que había entrado de confeccionador del periódico, se resistió a publicarlo por las amenazas que se hacían ya a los repartidores en las Ramblas y otros sitios públicos. Hice también publicar un escrito sobre

¹⁰ Francisco López era cuñado de Mañé i Flaquer

los sentimientos religiosos de D. Hermenegildo Coll de Valldemia¹¹ impugnando a los escritores que por entonces se dejaron caer negando la existencia de Dios y otras herejías que serían sostenidas después descaradamente como símbolo de una pretendida escuela (turbulencia dramática de 1864). El valor cívico que mostró entonces lo puede apreciar solamente el que ha corrido riesgos de esta clase.

Estando en la torre recibí una carta de Mañé acompañando su parecer, de otra colectiva de D. Francisco Permanyer, D. Manuel Durán y Bas y D. Estanislao Reynals, sobre la necesidad de reforzar la redacción política, tomar una marcha decidida y ofreciéndose a formar parte de la redacción. Admití desde luego el ofrecimiento. A poco hubo elecciones de Cortes y la duda de si convenía o no que teniendo probabilidades de ser propuesto el Sr. Permanyer, escribiera en el periódico, fuera causa de que no llegara a escribir en él, pero permaneció adicto a nosotros hasta su muerte, y asistió a dos de las comidas de redacción que se dieron en la fonda de las Cuatro Naciones, con D. Juan Agell y los demás redactores.

D. Santiago Figuerola, que era diputado y fue el promovedor del Centro Parlamentario, nos proporcionó al malgrado e incomparable D. José Giménez Serrano, que con sus correspondencias dio una animación al *Diario* que no había tenido y acabó de fijar su política de Unión Liberal. Coll y Vehí nos mandó algunos artículos desde Madrid. Muerto Giménez Serrano, o más bien al enfermar, y coincidiendo con la gran lucha del *Diario* con *El Telégrafo* (otoño de 1858) debí a Coll el servicio que no olvidaré nunca que se encargó de escribir desde Madrid crónicas o correspondencias, que sostenían el interés del periódico. Un viaje de Mañé a Madrid nos procuró al corresponsal D. Francisco de P. Navarro. Otro viaje posterior nos procuró el corresponsal F. Czavardi de París por conducto de M. Barthelemy St. Hilaire, secretario del Canal de Suez a quien recomendé a Mañé.

Gran paso dado por el *Diario* en las correspondencias. Todo esto aumentó sus gastos, que el telégrafo haría más gravosos con una organización hasta la frontera de España y hasta Zaragoza. De cuenta y mitad con los Sres. Teixidor, Bordas y otros hacíamos venir los partes en postillón desde Perpignan, ellos con objeto de bolsa y yo para adelantar noticias. Esto unido a un parte que venía por Zaragoza llegó a montar diariamente la suma fabulosa que aparece en los libros. Promoví la construcción del telégrafo eléctrico de Zaragoza a la frontera de Francia y para realizarlo logré reunir

¹¹ Hermenegildo Coll de Valldemia era sacerdote y tenía en Mataró un conocido colegio. Contó entre sus alumnos al propio hijo de Brusi, Antonio M^º.

capitalistas que lo tomamos a nuestro cargo y aún hicimos un pequeño beneficio para la razón de la sociedad accidental Brusí, Lluch y Cía. El constructor fue el teniente coronel de Ingenieros Sr. Garcés, muy buena persona, según decía D. Miguel Ibars pero muy pesada. Insensiblemente hemos vestido el *Diario* a la moderna: Redacción política, local etc. correspondencia, partes telegráficos etc. Sin la fama que tiene el *Diario* y que no debe cambiar nunca no hubiera podido luchar y vencer como lo he hecho, dándole de otros cuanto convenía a un gran periódico y dejando la redacción en la medida y en los gastos de uno pequeño. No se pierde nada de él, *Nihil ex illi perdidit*.

El paso dado en los instrumentos para la impresión del *Diario* correspondía al verificado en la parte de redacción. Cuando yo emprendí la dirección (octubre 1838) bastaban y sobraban para los 700 ó 800 suscriptores las dos prensas Stanhope que tiraban el *Diario*. Cuando llegué a reunir 2.500 ó 3.000 suscriptores, primero teníamos el *Diario* en Villafranca que en muchos barrios de Barcelona. Este retraso me perjudicó mucho y así, a pesar de la odiosidad de la clase obrera contra las máquinas y del peligro que había en su introducción, me resolví a mandar a París a M. Torc que trabajaba en la imprenta para que me trajese una máquina Vivar. Era simple a un cilindro, con pinzas, que después vendí a Tasso. Tiraba 750 páginas a la hora. La coloqué en el piso cuarto de la casa. Gran viga para sostener el peso. Esfuerzos para subirla. Vino de París M. Tessin, el fabricante para montarla. Retrasó su llegada el buque de vela y M. Tessin se cansaba de aguardar, así fue que tres días después de montada y cuando marchaba muy imperfectamente, me plantó. Esto coincidió con mi casamiento en Enero de 1846. La mayor parte de las noches tenía que levantarme porque la máquina no marchaba. Los malos ratos que me dio fueron incalculables. A las cuatro de la madrugada del primer día que apenas acababa de bajar por haber comenzado a andar vino a llamarme Nicolás Renom, prensista principal de la imprenta que se había quedado aquella noche, preguntándome si la había pagado y diciéndome que no iría nunca bien. Pedro Pons la fue estudiando y al cabo de pocos meses las cosas se arreglaron. De 600 duros que costaban las dos prensas de hierro, pasamos ya a 1.500 duros de coste de la máquina y en los demás gastos pasaría bastante de 2.000 duros. De ocho a nueve horas que se empleaban en el tiraje, acabando a las 9 de la mañana, pasamos a cinco o seis horas, terminando entre 5 y 6, ó tal vez 6 y 7.

En 1851, cuando fui a la exposición de París M. Tessin me hizo ver una prensa de reacción y siendo insuficiente la primera máquina que había venido le pedí la prensa grande que tengo que me costó 12.000 duros y colocarla pasaría de 3.000 duros. Ésta se

instaló en los sótanos de la calle de Libretería. La de pinzas, del 4º piso de esta casa, pasó a la casa que habitaba Pere el librero y que ahora ocupa el gobierno, durante el derribo y edificación de la casa en 1849. Luego volvió a montarse en los sótanos. Las dos máquinas iban a fuerza de brazos. La grande me hizo ver el inconveniente de este medio motor, trabajos y dificultades para conseguir permisos para colocar una máquina de vapor (disgustos que traería a la casa).

Reumatismo fuerte en 1848-49 de resultas del trabajo y de beber café. Al ejercicio de equitación, florete etc. debo mi vida. Alivio en los baños de Amelie les Bains.

Obtenido del Ayuntamiento el permiso para colocar la máquina de vapor en el sótano, contraté la construcción en el Nuevo Vulcano por 1.500 duros, que sigue en servicio. Entonces no tenía más que una caldera. Al trasladarla a la calle Nueva de S. Francisco le hice la otra caldera y después la máquina a alta presión que va con el cambio de un engranaje, cuando la bomba o el condensador de la de mediana presión no funcionan. Invención utilísima que no sé se haya aplicado en parte alguna, me costó 700 duros pero desde entonces el *Diario* no ha tenido ningún estorbo por causa de la fuerza motriz. En el 51 traje también de París una máquina Riterter de un cilindro, precio 1000 duros. El 55 cuando fui a la exposición de Londres compré otra igual al mismo precio y en 1863 la magnífica máquina de tres cilindros a reacción, precio 15.600 duros y montada llegaría 10.000 duros. Éstas, las transmisiones y el cilindro para laminar el papel constituyen un capital de consideración que he invertido en maquinaria, dejando una potencia en prensas para el *Diario* suficiente a todas luces para el tiempo actual aún a 10.000 suscriptores, excepto la máquina pequeña nº 3, que en este caso tendría que suplirse y aún a 8.000 por otra de tres cilindros del mismo motor de la otra y de dimensiones como la del nº 3. Costaría también cara (unos 12.000 duros) pero haría un magnífico servicio. Qué diferencia de las dos prensas Stanhope con que encontré el *Diario* en 1838 al material actual. Como el precio que de unos 600 duros aún ahora, al de las tres prensas, máquina de vapor y transmisiones de más de 10.000 duros.

Las dos visitas de Mañé por cuenta de la redacción al Congreso de Malinas han acabado de formar la consolidación de nuestros principios de armonizar la libertad con la religión y el orden. La marcha reciente del periódico, los redactores que en ello han tenido parte están al alcance de todos y no eran así muchas de las noticias que ha consignado.

En 1859, cuando la gran lucha con *El Telégrafo*¹², contribuyó al prestigio del *Diario* el viaje a Italia de D. Joaquín Mola y Martínez en mayo siguiente por cuenta de la Redacción. A pesar de las pérdidas que nos ocasionaba *El Telégrafo*, lo vencí aglomerando gastos y mejoras: *Álbum de las Familias*, viaje de Mola, artículo de Coll . No bajé el precio, pues sin un buen presupuesto en tiempos normales no hay periódico decente posible. El viaje de Mola a África dio también mucho interés al *Diario*.

El periódico estaba a 10 reales¹³ desde que lo tenía a mi cargo y creo desde el año 15. En un momento que la ley fue muy tirante en 1858, los periódicos de Madrid aumentaron el precio y por consejo de Mañé lo pasé a 12 reales. Esto disgustó de pronto a una gran parte del público, causó bajas, pero ha compensado al periódico de los mayores gastos que ocasiona su redacción e impresión esmerada.

En una nota aparte hay la lista de suscriptores por meses desde 1838 (diciembre) hasta el día. De 700 ó 800 hemos subido a cerca de 7.000, donde nos hemos estacionado hace tiempo, por el bajo precio del *Telégrafo* y por las crisis sucesivas que atraviesa el país. Al principio daba, según cálculos de aquella época unos 100 duros de pérdidas mensuales.

Esperé el número de 1000 suscriptores como uno de los sucesos que más he anhelado, y que debía igualar los gastos con los ingresos; llegando a él con pena y perseverancia y aumentando rápidamente crecieron los gastos. Así los beneficios fueron pocos hasta estos últimos tres o cuatro años. En el intervalo del aumento a la llegada del *Telégrafo* y partes telegráficos, daría al menos 3 ó 4.000 duros al año. Luego los consumieron los gastos. Los absorbió aún más la lucha del *Telégrafo*, causándose aquel año otro aumento de gastos y disminución de beneficios de 19 a 20 mil duros de déficit. Después los balances regulares crearon los beneficios que en estos últimos tres años se mantienen sobre 10.000 pesos fuertes.

El porvenir del *Diario* está en el producto de los anuncios. La circunstancia del privilegio exclusivo que el rey D. Fernando VII había concedido primero a mi difunto padre (Q.D.G.G.) por sus servicios prestados en la guerra de la Independencia, después se prorrogó a mi señora madre (Q.D.G.G.) y en 1827 cuando el rey vino a Tarragona se me confirió a mí, había sido causa de que los anuncios fueran gratuitos en el *Diario*, siendo

¹² *El Telégrafo* era un diario progresista creado en 1858 por Ferràn Patxot. Tuvo como colaboradores a Victor Balaguer y Joan Cortada. Este importante periódico, después de diversas vicisitudes y cambios de nombre, transformado en *El Diluvio* duró hasta 1939.

¹³ Se refiere al precio de suscripción mensual

mucho el servicio para el público, porque no había interés en darlos a luz y perdido su producto para el *Diario*.

Este privilegio fue causa de la decadencia del *Diario*. Durante su uso hasta el establecimiento del régimen constitucional fue una lucha continua para sostenerlo. En 1833 quedó abolido de hecho, pero el deseo de no comprometerlo, según cual fuera el resultado de la guerra, hizo que el periódico quedara nada más de avisos y oficial.

Así encontré las cosas a mi llegada a Barcelona. Comprendí que debíamos tomar otro rumbo. Soler convino en ello. D. Baltasar Doménech consultor de la familia y un segundo padre por el cariño que me profesaba, creyó que era inútil e imposible por el carácter público que debíamos tener, gasto de redactores etc. A pesar de todo, insistí y se pasó adelante en el depósito y *editor responsable*. Empezamos copiando y del modo que he dicho antes. Yo mismo no tenía conocimiento práctico en el periodismo; el ejercicio me lo ha enseñado. Durante los primeros años, con pocos gastos, apenas los cubría. Después durante algunos años dejaría de 2.000 a 3.000 duros de beneficio. Los mayores gastos de redacción y después los gastos telegráficos los absorbieron.

Ya antes de los gastos en 1850 dije a Soler que podríamos hallar vida en la imprenta de los anuncios. Soler se oponía, creyendo que en la posición especial en que seguíamos esto podría contrariarnos. Insistí y en 1851, cuando mi viaje a París para la exposición de Londres, lo resolví definitivamente. En las notas de anuncios se verá la marcha próspera y continuada que han seguido.

El *Diario* había llevado siempre el nombre de *Diario de Barcelona*. Supimos que Saurí y Berdeguer iban a poner un diario de anuncios y entonces añadimos al título, de Avisos y noticias. Creo que para el buen éxito de los anuncios fue una innovación favorable. Achicó la esfera de acción del periódico, si se quiere, pero puede haber contribuido a que otros explotaran con más provecho los anuncios. Creo que no ha de modificarse.

A la aparición del *Telégrafo*, con el aumento de los 12 reales en lugar de 10, el diario hubiera dejado un beneficio regular, pero entonces empecé a publicar gratis para los suscriptores el *Álbum de las familias* y absorbió todos los beneficios y así dio las pérdidas que he dicho. Vencido el *Telégrafo* el *Diario* ha dado de 10 a 11.000 duros de beneficio. Detenido el progreso de las suscripciones y aumentado el producto de los anuncios, en estos está el porvenir financiero del periódico, aumentándolos con pulso y conocimiento cuando las circunstancias lo permitan.

Sin vocación ni gusto por el periodismo, la posición que encontré creada en mi casa me ha mantenido en él. No vine a España en 1838 para dedicarme al periodismo, pero tuve que emprender la ardua tarea de dar vida al *Diario* que no la tenía. En 1858, disgustado por los atropellos del general D. Juan Zapatero y de su asesor el atrabiliario D. Joaquín Salafranc cedí a los ofrecimientos de D. Fernando Patxot, que después fundó *El Telégrafo*, y llegamos a formalizar el contrato, vendiéndole por 65.000 duros me parece la propiedad del *Diario*, imprenta y librería. Sólo faltaba la firma y por mi parte hubiera cumplido lo ofrecido, si bien lo que más dolor me causaba era la suerte de los dependientes, pero me decidió sobre todo el dar a Pepita una existencia tranquila, pues con su bondad inagotable y cariño vivísimo sufría de todas mis penas.

Patxot pretendió que yo pagase las deudas que tuviera la casa y él tocase los créditos, cosa opuesta al contrato pues se fijaba que el adquirente cobraría y pagaría lo que hubiera pendiente, y creyendo indigna de mi semejante proposición la rechacé y se deshizo el contrato.

Mercantilmente hablando los sucesos han mostrado lo muy desventajoso que me había sido. Dios sabe lo que mi posición sería ahora, lanzado en otro mundo más activo de vida política o al frente de alguna de las grandes empresas de Madrid, por mis relaciones con París

El periodismo ha influido en los principales actos de mi vida. Habiendo empezado a escribir algo en el *Diario* hace algunos años, sería en 1852, al llegar la exposición de París de 1855, insistí un año antes en lo que había de hacerse, escribí varios artículos, logré que en Madrid se aprobasen mis ideas de nombrar comisiones especiales en las provincias, fui nombrado de la de Barcelona y de la misma secretario. Esto me obligó a inmensos trabajos durante dos años. Conseguí el objeto de que la industria catalana estuviera mucho mejor representada que en Londres (Véase el folleto impreso cuando se repartieron los premios)

Mi amistad con el ilustre Pbro. D. Jaime Balmes me animó a fomentar la suscripción para la erección de un monumento en Vich por suscripción pública. El deseo de vindicarlo de una falsa acusación de ingratitud con su colega y amigo Ferrer y Subirana, que escribía con Balmes y Roca y Cornet en *La Civilización*, me decidió a escribir y leer el folleto que compuse para la inauguración del monumento en Vich, que fue mi primer trabajo serio. (Está impreso)¹⁴ Esto me dio muchos disgustos después por

¹⁴ Publicado por el *Diario de Barcelona*, 1853, pág.7.811.

parte de los amigos de Ferrer y Subirana pero sostuve y probé lo que había dicho ante las tumbas de los dos amigos.

En 1853 fui uno de los iniciadores del *ensanche* total de Barcelona. Escribí mucho sobre este asunto, fui su leader durante mucho tiempo y vocal de varias de sus Juntas. El querer ser desinteresado en la cuestión, me movió a mí que tenía fe en ella, a no adquirir ningún terreno cuando podía tenerlos baratísimos. Esto me ha perjudicado mucho en mis intereses, sin esta delicadeza hubiera hecho una fortuna en este negocio.

Mi amistad con Lesseps, cuando cónsul en Barcelona, y el interés que tomé por su empresa desde que la inició escribiendo varios artículos en su apoyo, le movían sin saberlo yo a nombrarme desde Constantinopla, cuando quiso fundar la Compañía, vocal del consejo de administración y fundador de la misma. De aquí el viaje que le propuse a Barcelona con magnífico éxito y la parte honrosa que España ha tomado en esta obra universal.

Habiendo escrito varias veces sobre la conveniencia de fusionarse los ferrocarriles catalanes, y comentando alguna vez con D. Miguel Clavé, ya en la redacción ya en el Gobierno de provincia, para promover esta idea, hallándome en París en 1855, me vino a encontrar en el hotel de Castilla, dicho amigo para hablar con Pereyre para fundar en Barcelona un crédito mobiliario de cuenta y mitad con dichos señores y los capitalistas catalanes. Dicho señor, a quien conocía porque A. de P. me había recomendado el ingeniero del crédito mobiliario Sr. Julio Carvallo, cuando por cuenta del mismo vino a hacer los estudios para unir los ferrocarriles del Mediodía de Francia con los catalanes, a cuyo objeto le suministré muchos datos estadísticos que no me han sido retribuidos y que no reclamo, y además había escrito yo para que fuese subvencionada dicha vía. El Sr. Pereyre, digo, me recibió muy bien con el Sr. Clavé y me dijo que ocupado en la guerra de Crimea no podía comprometerse en venir a España desde luego. Le dije estas terminantes palabras –Si vous ne venez pas nous essayerons tous seuls. – Faites si vous pouvez– me contestó. –Está bien– le repliqué –nous essayerons– Al salir a la calle me dijo D. Miguel que le había tratado algo duramente, y le contesté que yo que no hacía la corte a reyes ni a generales, menos la haría a un banquero israelita. Desde aquel momento trabajamos para crear por cuenta propia el crédito mobiliario. De ahí la creación del Crédito catalán¹⁵.

¹⁵ Poco después, formulada ya la petición al gobierno por el grupo catalán, apareció en Madrid el Crédito Pereyre, y a continuación el de Rotschild y Proost.

Al fundar la Catalana, propuse a los socios fundadores y estos aceptaron, destinar de nuestro peculio particular 20.000 reales de vellón para crear en Barcelona un premio a la virtud, al igual de los premios Monthyer en Francia, y que se encargase de llevar a cabo el otorgamiento la Sociedad Económica en Barcelona de Amigos del País, de la que yo formaba parte y de la que me separé por compañerismo cuando el ministerio la despojó de su edificio.

En la Económica trabajé para la introducción y aclimatación de la idea, que tan buenos resultados ha dado. Sin jactancia puedo reclamar el título de introductor en España de esta utilísima institución.

En la Catalana de Crédito contribuí en cuanto pude y logré la creación de un monte-pío para los dependientes imposibilitados y sus viudas y huérfanos. A los dependientes de la casa en sus enfermedades y vejez nunca se les ha dejado abandonados.

También creé la fundación para un premio perpetuo a una niña de la Escuela de Damas, en nombre de Pepita (Q.D.G.G.). Desearía que a mi muerte mi hijo y heredero creara otra en mi nombre de igual valor y objeto, con único fin universitario. Otro premio perpetuo en la Económica llenaría este objeto¹⁶. (*Rubricado*)

Nunca había pensado en condecoraciones y en 1843 cuando el Duque de Bailén era tutor de la Reina y me distinguió mucho en Madrid hubiera podido lograr alguna. D. Ignacio Llasera, Gobernador de Barcelona, me logró la encomienda de Carlos III, diciéndome equivocadamente que era de número. Por esto la admití, pues la sencilla me hubiera puesto demasiado lejos de del Sr. Girona a quien al mismo tiempo le dieron la Gran Cruz de Isabel la Católica. Después conocido el error, y no pudiendo retroceder pues en París había usado la cinta deseé esta Gran Cruz, para la que algún tiempo después me propuso el mismo Sr. Llasera, y que D. Saturnino Calderón Collantes me había ofrecido, poco antes de caer del ministerio. Conociendo que debía halagar a Pepita y más a su madre, hizo algunos informes sin mi consentimiento durante el ministerio Miraflores. Un amigo de Madrid, el Sr. Permanyer¹⁷, que había coincidido antes con el Sr. Calderón Collantes, y un malentendido hizo que yo creyera con fundamento que al decir Permanyer que *aquello* estaba concedido creyera que era la Gran Cruz. Se lo dije

¹⁶ En fecha posterior, año 1867, Brusi dispensará a su hijo del cumplimiento de esta voluntad mediante una nota rubricada intercalada en las memorias.

¹⁷ Francisco Permanyer, colaborador del *Diario*, fue diputado, catedrático de Derecho en Madrid y ministro de Ultramar en el gabinete de Miraflores (1863).

entonces a Pepita, que lo ignoraba todo. Conocido el error tuve ya empeño, escribí a Mañé que lo ignoraba todavía todo y entonces me la logró. Última satisfacción que di a mi pobre Pepita, a la que mi posición pública tantos sinsabores había causado y pocas alegrías. *Aquello* a que Permanyer aludía era la Placa de Carlos III que él me había dado de una vacante que había en Ultramar. La renuncié, pero Permanyer lo consideró como un desaire y la conservé y la conservo como una prueba estimada del aprecio en que tuve a este ilustre amigo y que quiero que en mi familia se conserven siempre para la viuda e hijos del difunto. En lo que se pueda, se cumplirá mi voluntad. (*Rubricado*)

La muerte de Pepita ha sido para mí el golpe más terrible que Dios podía depararme. Formé el propósito de no salir de Barcelona hasta cumplir rigurosamente el año de luto, y hecho el aniversario en San Justo. Así lo he cumplido y doy gracias a Dios por ello. Fáltame la traslación de los restos mortales de Pepita y de mis padres al panteón que he mandado levantar y que está ya terminado. Confío que muy en breve se hará la traslación. Entonces empezará otra época de mi vida. ¡Que Dios me proteja!

Coincidencia. Hoy 8 de mayo en que se celebra el 1er. aniversario de la muerte de mi Pepita (Q.D.G.G.) y que he comulgado para participar de las gracias del Jubileo concedido por S.S. han empezado a publicarse en el Diario las correspondencias católicas de M.... El Diario acaba de tener la cualidad católica-liberal que le faltaba. Mucho he sentido romper con M. Frederick Gzawardy, por los servicios en el Diario y por los personales que me prestó en París, sobre todo cuando la enfermedad de Pepita, pero la divergencia de principios religiosos que traslucían sus correspondencias me han hecho renunciar.

9 de mayo de 1865:

¿Le conviene a mi hijo seguir con el Diario? ¿Qué modo más conveniente de conducta si lo conserva? Es difícil precisar este punto a larga fecha, pero lo que ahora me parece más conveniente es que ponga un director eficaz, y que figure como tal ante el público y aún en el despacho diario.

Con la continuación de la estadística que tengo formada diaria, mensual, anual y el examen frecuente de los libros podrá saber a punto fijo la marcha del periódico. Además de tener la dirección eficiente, debe mi hijo estar al corriente de la marcha pública diaria de los sucesos y ver si corresponde a ella el periódico, que nunca debe abandonar

la bandera de orden, libertad y religión, que constituye la base del partido liberal-católico de Europa.

Desearía que mi hijo cultivase la abogacía, que le dará una posición social aventajada, con amigos de la facultad y una influencia propia en el mundo.

Llevado así el periódico puede dejar mi hijo mayor el peso del mismo a José Antonio, cuando llegue a edad de poder dirigirlo, ya sea por sí mismo o siguiendo el método que llevo dicho.¹⁸

Lo que ni el tiempo, ni el cansancio, ni los peligros habían conseguido de mí, me ha obligado una cuestión de conciencia, la del reconocimiento del Reino de Italia. Entre los consejos de mi director espiritual sobre este punto, mis dudas sobre el sentido preciso de lo mandado por la Iglesia, la cuestión tal como la ha planteado la Unión liberal y para derribarla se valen de ello los neo-católicos, junto con las grandes dudas que pasa el Diario y lo que exige su posición, me ha decidido a entregar la dirección a Mañé y así lo avisará el Diario de mañana. Al llegar a la torre y al comunicárselo a mi hijo mayor y a mi madre política, aquél lo ha desaprobado con su silencio y la última con sus palabras terminantes y funestos vaticinios. ¡Siempre solo en el mundo! ¿Me he equivocado? Creo que no. De todos modos no atino con otra salida en el estado delicado de mi salud. En tiempos de Zapatero hice la resolución de dejar de ser impresor y no figurar como tal en el Diario ni en parte alguna, y la imprenta ha seguido del mismo modo.

Si ahora tengo el éxito que espero, tranquilizo mi conciencia ante responsabilidades y disgustos de cosas en que no tengo parte y me quito de encima cuitas de los partidos extremos. Preparo a mi hijo la solución que antes proponía.

Confieso que he hecho un gran sacrificio de amor propio a mi conciencia, uno de los sacrificios que más me ha costado en la vida. Después de 26 años cumplidos de dirigir el Diario y de haberlo elevado a la altura en que se encuentra, la entrega del mando es casi una memoria de ultra-tumba. ¡En realidad si la máquina marcha bien, es que la he montado con solidez!

Barcelona 13 de julio de 1865.

¹⁸ Más adelante, por una anotación de 1867, Brusi deja libertad a su heredero y albaceas para que actúen según crean conveniente.

